

REVISTA
DE LA
CEPAL



NACIONES UNIDAS

29

Revista de la CEPAL

Secretario Ejecutivo
Norberto González

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Desarrollo Económico y Social*
Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Cooperación y Servicios de Apoyo*
Robert T. Brown

Secretario Técnico
Adolfo Gurrieri



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE

SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1986

La Secretaría de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe prepara la *Revista de la CEPAL*. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son las de los autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la organización. Las denominaciones empleadas y la forma en que aparecen presentados los datos no implican, de parte de la Secretaría, juicio alguno sobre la condición jurídica de países, territorios, ciudades o zonas, o de sus autoridades, ni respecto de la delimitación de sus fronteras o límites.

LC/G. 1427

Agosto de 1986

Notas explicativas

En los cuadros del presente trabajo se han empleado los siguientes signos:

Tres puntos (...) indican que los datos faltan o no constan por separado.

La raya (—) indica que la cantidad es nula o despreciable.

Un espacio en blanco en un cuadro indica que el concepto de que se trata no es aplicable.

Un signo menos (-) indica déficit o disminución, salvo que se especifique otra cosa.

El punto (.) se usa para separar los decimales.

La raya inclinada (/) indica un año agrícola o fiscal (por ejemplo 1970/1971).

El guión (-) puesto entre cifras que expresen años, por ejemplo, 1971-1973, indica que se trata de todo el período considerado, ambos años inclusive.

La palabra "toneladas" indica toneladas métricas, y la palabra "dólares", dólares de los Estados Unidos, salvo indicación contraria.

Salvo indicación en contrario, las referencias a tasas anuales de crecimiento o variación corresponden a tasas anuales compuestas.

Debido a que a veces se redondean las cifras, los datos parciales y los porcentajes presentados en los cuadros no siempre suman el total correspondiente.

PUBLICACIONES DE LAS NACIONES UNIDAS

ISSN 0251-0257

SUMARIO

Nota	7
Raúl Prebisch 1901-1986. <i>Antbal Pinto.</i>	9
Exposición del Dr. Raúl Prebisch en el vigesimoprimer período de sesiones de la CEPAL.	13
La juventud latinoamericana entre el desarrollo y la crisis. <i>Germán Rama.</i>	17
La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro. <i>Cecilia Braslavsky.</i>	41
Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros. <i>Felicia Reicher Madeira.</i>	57
Ausencia de futuro: la juventud colombiana: <i>Rodrigo Parra Sandoval.</i>	81
Juventud chilena y exclusión social. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	95
La radicalización política de la juventud popular en el Perú. <i>Julio Cotler.</i>	109
Los jóvenes y el desempleo en Montevideo. <i>Rubén Kaztman.</i>	121
La juventud de los países del Caribe de habla inglesa: el alto costo del desarrollo dependiente. <i>Meryl James-Bryan.</i>	135
Meditaciones sobre la juventud. <i>Carlos Martínez Moreno.</i>	155
Juventud popular y anomia. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	173
La juventud como movimiento social en América Latina. <i>Enzo Faletto.</i>	185
La juventud universitaria como actor social en América Latina. <i>Henry Kirsch.</i>	193
Publicaciones recientes de la CEPAL.	205

La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro

*Cecilia Braslavsky**

La situación y perspectivas de los jóvenes han cambiado mucho en la Argentina en las últimas décadas debido al magro crecimiento económico, la agudización de los conflictos políticos y la reducción de la movilidad social. Dentro de este escenario, la autora examina diversos aspectos de la realidad juvenil en dicho país, tales como la evolución demográfica, las desigualdades regionales, la condición especial de las mujeres jóvenes, el papel de la familia en la socialización juvenil, los efectos positivos y negativos del proceso de expansión educacional y la inserción en el mundo del trabajo.

En estas circunstancias existen considerables diferencias entre las generaciones adultas y la generación joven, la principal de las cuales está en los desafíos que han debido enfrentar. La juventud actual se encuentra en un país pobre, cuyo proceso de estancamiento es muy difícil revertir debido a la caída de los precios de las exportaciones de los productos tradicionales argentinos; a la pérdida de sus mercados tradicionales todavía no compensada plenamente con la conquista de otros nuevos; a la existencia de procesos inflacionarios descontrolados hasta hace poco tiempo, con la consecuente pérdida de confianza en una economía productiva y la búsqueda de grupos y clases sociales. Este nuevo país pobre tiene además aproximadamente un 40% más de población que hace 20 años y una deuda externa de 48 000 millones de dólares, antes inexistente. Los jóvenes son los principales herederos de esa pobreza y son también potencialmente uno de los actores sociales de su superación.

*Consultora de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

I

El escenario de los jóvenes argentinos contemporáneos

Es sabido que la Argentina es uno de los países latinoamericanos cuya sociedad atravesó más tempranamente por un proceso de modernización capitalista. En relación con otros países de la región, logró antes la urbanización, la industrialización, la secularización de importantes aspectos de la vida social, la participación electoral del conjunto de la población y el acceso a la educación primaria, así como otros bienes y servicios para atender las necesidades básicas y también otras surgidas del propio proceso de modernización (Germani, 1965). Menos sabido es que los jóvenes argentinos contemporáneos nacieron, crecieron y viven en un escenario social "cristalizado", es decir, en una sociedad cuyos espacios disponibles para la inserción de la juventud son casi los mismos de 1960.

La cristalización de la estructura social se produjo fundamentalmente por dos factores. En primer lugar, se acentuó una relación de dependencia respecto de los países de mayor industrialización, cuyas consecuencias en el largo plazo fueron negativas para los procesos modernizantes. En segundo lugar, el sistema político fue incapaz de promover avances cualitativos hacia una mayor y mejor producción autosostenida, que habría podido ampliar los espacios vinculados a esa producción y redistribuir además sus beneficios con creciente equidad. Tal incapacidad del sistema político procedió de la falta de interés de sus grupos hegemónicos por cumplir dichos propósitos, así como de la persistente inestabilidad, de los sucesivos bloqueos de ciertos grupos a los intentos movilizadores de otros y de las convulsiones sociales desencadenadas por las demandas de grupos muy numerosos de la población, que no pudieron encontrar cauces para recomponer el sistema político e iniciar las transformaciones necesarias. Se alternaron así a partir de 1958 y hasta 1983 gobiernos civiles y militares que no lograron consolidar por más de tres años consecutivos un equipo de gobierno con estrategias de mediano y largo plazo adecuadas para

generar un dinamismo social equivalente al de periodos anteriores (Cavarozzi, 1983).

Si bien puede decirse que la estructura social argentina tendió a cristalizarse hace aproximadamente 25 años, no sucedió lo mismo con la trama de relaciones entre personas y grupos, y, en particular, de los estilos de relaciones interpersonales y grupales. Entre 1958 y 1983 se rompieron lazos de solidaridad, se difundieron comportamientos eminentemente competitivos sobre fases individualistas, y se desarrollaron la desconfianza y el miedo a la sociedad, y sobre todo, al Estado.

Debido a la cristalización de la estructura social, los jóvenes se integran en ella de forma bastante similar a la de sus padres; o —dicho de otro modo— con diferencias mucho menores respecto de los adultos que en otros países de América Latina. La tendencia predominante en la sociedad argentina es la reproducción, en la

generación joven, de las tendencias y diferencias ya existentes en la generación intermedia (25 a 35 años) e incluso de muchas de las tendencias y diferencias que se manifestaban en la generación de sus padres (45 a 55 años). Esto se manifiesta justamente en la existencia, entre los jóvenes contemporáneos, de grupos al menos tan diferentes y distantes entre sí como los que existían hace dos décadas. Avanzando algo más sobre lo que se mostrará en este artículo, puede formularse la hipótesis de que esos grupos de jóvenes son, en términos de inserción social, bastante similares a los grupos de jóvenes que luego se transformaron en sus padres, y aun a los distintos grupos que pueden diferenciarse entre sus padres. Naturalmente la tendencia a que se reproduzcan en la generación joven los modos de inserción social que ya existían —y que permanecen— en las generaciones adultas, no implica inmutabilidad o paralización de la dinámica social.

II

Dimensiones y distribución de la juventud argentina

1. Dimensiones y origen nacional de la juventud argentina

La población joven de Argentina constituye aproximadamente una sexta parte de la población total del país (cuadro 1). Su cantidad en 1980 (4 553 104) supera en mucho a la población total de varios países latinoamericanos. Algo más de la mitad de estos jóvenes tienen entre 15 y 19 años, y algo menos de la mitad entre 20 y 24 años. Los primeros están más vinculados al estudio y han sido fuertemente afectados por los procesos de congelación política y deterioro social, en particular educativo, de los últimos diez años: sin embargo, tienen mayores posibilidades de encontrar caminos para compensar las diversas pérdidas de posibilidades a las que se vieron expuestos. Los segundos son ya más autónomos, están más vinculados al mundo del trabajo y han sido más afectados por los procesos demográficos de mediano plazo y los económicos de corto

plazo. En Argentina, la población joven tiende a aumentar, aunque con altibajos y mucho más lentamente que en los otros países de la región, mientras la población en la tercera edad se incrementa más velozmente. Esta estructura demográfica, junto con algunas características de la estructura ocupacional, salarial y de las prestaciones sociales del país, permite prever que los jóvenes de hoy deben ser capaces de atender sus propias necesidades y, además, tomar a su cargo una proporción creciente de las necesidades de un conjunto de adultos pasivos en aumento. Es probable que esto sólo se logre mediante procesos de capitalización nacional, desarrollo científico y consecuente modernización tecnológica independiente, reactivación productiva, racionalización administrativa y recomposición social.

Para enfrentar esta situación el grupo de población de edad joven tiene, respecto de las generaciones anteriores, la ventaja potencial de cierta homogeneidad de origen. A diferencia de

Cuadro I
 ARGENTINA: PORCENTAJES DE JOVENES EN LA POBLACION TOTAL
 POR SEXO Y EDAD, 1960, 1970, 1980

Grupos de edad	1960			1970			1980		
	Total	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres
15 a 24	16.1	15.09	16.3	17.1	16.6	17.6	16.3	16.5	16.1
15 a 19 ^a	8.4	8.3	8.5	9.0	9.1	8.8	8.4	8.5	8.2
20 a 24 ^a	7.6	7.5	7.7	8.2	7.5	8.8	7.9	8.0	7.9

Fuente: Dirección Nacional de Estadística y Censos, *Censo nacional de población, 1960*; Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), *Censo nacional de población, familias y vivienda, 1970* y *Censo nacional de población y vivienda, 1980*.

^a Para el año 1970 los resultados fueron obtenidos por muestra.

lo que ocurría a fines del siglo pasado y aun a principios del corriente, la gran mayoría de los jóvenes residentes en el territorio nacional son argentinos de segunda, tercera o cuarta generación. Sólo 177 921 jóvenes eran en 1980 extranjeros, y aunque desde esa fecha hasta hoy se han radicado en el país numerosos uruguayos, chilenos, paraguayos, coreanos y jóvenes de otros orígenes, no es posible que el perfil de la juventud haya cambiado en demasía en lo que respecta a su origen nacional.

2. Desigualdades regionales y juventud

Uno de los principales objetivos de la sociedad y del Estado argentino de fines del siglo pasado fue homogeneizar una población de orígenes nacionales muy diversos. Actualmente este objetivo está logrado. Sin embargo, es curioso que la joven generación no haya podido sacar provecho de este hecho homogeneizando también sus posibilidades de participación social. La estructura de diferencias regionales tiende a ser tan cristalizada como la de diferencias sociales, lo que impide que los jóvenes de todas las regiones del país tengan posibilidades de participación apropiadas para la reactivación nacional y, más aún, para un aprovechamiento medianamente equitativo de esa reactivación.

El desarrollo históricamente desigual y no integrado de las distintas regiones del país —agravado por enormes distancias no acortadas en medida suficiente por colonias agrícolas pro-

ductivas, ni por una infraestructura adecuada de caminos y rieles aptos para la comunicación interregional— contrarresta las ventajas de la nacionalidad compartida y constituye trabas para transformarla en una identidad compartida.

Los jóvenes del noroeste (Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta, Jujuy y Santiago del Estero) comparten problemas propios de los pueblos andinos, como la aridez del clima y del suelo y las grandes extensiones entre poblados en un contexto de aislamiento montañoso. Los jóvenes del nordeste, en especial los de las regiones fronterizas con el Brasil, enfrentan situaciones características de áreas de frontera con un país que se desarrolla más velozmente, produce más barato y penetra culturalmente. Los jóvenes que viven en muchas ciudades de la Patagonia participan de impulsos modernizadores que los demás desconocen. Los de Córdoba, el Gran Buenos Aires y el área cordillerana central o cuyana, son los más afectados por la decadencia económica: los primeros por la desindustrialización, los segundos por los procesos de destrucción de las economías regionales. Los jóvenes cordobeses y porteños se diferencian, sin embargo, por sus posibilidades de recoger una herencia mayor de participación, y también de bloqueos a la participación; de ella podrían extraer enseñanzas útiles para superar los efectos de la decadencia.

En el marco de las enormes diferencias regionales, dos hechos afectan particularmente a la juventud. El primero es que, si bien dos de cada diez jóvenes viven en ámbitos urbanos, en más de un tercio de las 23 provincias argentinas, en par-

Cuadro 2
 ARGENTINA: INDICADORES DE LA SITUACION DE LA JUVENTUD,
 POR REGION Y PROVINCIA, 1980

	Población total	Población joven (15-24) en la población total	Población joven rural (15-24) en el total de jóvenes	Mujeres jóvenes a cargo del hogar (14-24)	Población joven con instrucción insuficiente ^a (15-24)	Jóvenes en la PEA ^b (14-24)	Población joven que estudia (15-24)
	<i>Porcentajes</i>						
<i>Total del país</i>	27 947 446	16.3	17.0	31.2	19.7	47.4	30.9
<i>Región Metropolitana</i>	9 766 030	15.2	6.8	20.5	10.2	51.9	32.5
Capital Federal	2 922 829	14.4	—	12.7	6.2	48.8	39.5
Gran Buenos Aires	6 843 201	16.1	6.8	28.4	14.2	55.0	25.6
<i>Región Pampeana</i>	8 012 080	16.0	21.6	33.2	19.3	49.7	27.9
Resto Provincia							
Buenos Aires	4 022 207	15.4	0.3	29.4	14.0	51.6	31.4
Santa Fe	2 465 546	15.6	18.3	32.2	18.2	49.5	27.0
Entre Ríos	908 313	17.0	32.0	37.4	25.6	45.3	27.5
Córdoba	2 407 754	16.6	23.8	30.4	17.1	48.6	31.2
La Pampa	208 260	15.8	33.7	36.9	21.7	53.7	22.5
<i>Cuyo</i>	1 876 620	16.9	30.4	35.0	21.7	45.2	31.2
Mendoza	1 196 228	16.6	32.9	35.8	21.6	49.5	28.1
San Juan	465 976	17.2	29.9	36.1	19.2	43.0	33.5
San Luis	214 416	17.0	28.5	33.1	24.4	43.2	32.1
<i>Nordeste</i>	2 247 710	18.6	39.2	42.3	40.1	44.4	26.8
Corrientes	661 454	18.7	32.8	36.5	38.1	40.5	30.5
Chaco	701 392	18.8	37.1	45.6	43.3	46.5	26.6
Formosa	295 887	18.2	40.6	44.5	36.8	42.9	26.1
Misiones	588 977	18.9	46.5	42.6	42.2	47.9	24.0
<i>Noroeste</i>	3 012 387	17.0	32.4	36.2	28.2	40.2	33.2
Catamarca	207 717	16.2	39.0	35.4	24.5	38.7	34.8
La Rioja	164 217	17.0	34.2	35.5	22.1	39.7	34.2
Tucumán	972 655	18.1	28.0	35.7	25.6	41.8	32.8
Salta	662 870	17.5	24.9	35.0	29.0	42.5	33.2
Jujuy	410 008	17.1	23.8	34.5	29.6	38.8	37.6
Santiago del Estero	594 920	16.4	44.6	41.6	38.8	40.1	26.8
<i>Patagonia</i>	1 032 619	18.9	17.2	35.6	24.3	53.4	23.6
Neuquén	243 850	18.7	22.6	37.2	32.1	52.8	22.9
Río Negro	383 354	17.2	26.7	37.2	32.1	51.6	24.7
Chubut	263 116	17.7	16.2	34.4	23.6	52.2	23.2
Santa Cruz	114 941	18.5	10.3	33.8	18.5	51.7	23.8
Tierra del Fuego	27 358	22.6	10.3	34.1	15.4	59.0	23.2

Fuente: Instituto Nacional de Estadística y Censos. *Censo nacional de población y vivienda, 1980.*

^a Sin instrucción o con estudios primarios incompletos.

^b Porcentaje de la población joven incorporada a la PEA, tenga o no trabajo.

ricular en todas las del nordeste, entre un tercio y la mitad de los jóvenes siguen siendo rurales. Las provincias más pobres tienden a tener más juventud rural, que por cierto se educa peor, trabaja peor, y tiene que realizar mayores esfuerzos de integración si se decide a participar en la búsqueda de otros horizontes (cuadro 2).

Esa búsqueda de nuevos horizontes se realiza, naturalmente, en forma diferente según sea la provincia de origen y la imagen que los jóvenes se construyen acerca de lo que está pasando en regiones que no son las suyas. Se sigue orientando principalmente hacia la Capital Federal, el Gran Buenos Aires, y la gran ciudad de Córdoba, que entre 1975 y 1980 tuvieron un saldo migratorio juvenil positivo. Sin embargo, es probable que esta migración se guíe por una imagen atrassada de las posibilidades de inserción social que

esas ciudades brindan. Lo más novedoso en materia de migración juvenil es la orientación hacia la Patagonia, constituida por las cinco provincias más australes del país (Río Negro, Chubut, Neuquén, Santa Cruz y Tierra del Fuego), que posee riquezas minerales y turísticas y una cuota ciertamente mayor de estabilidad política que el resto del país, asentada en algunos casos en el liderazgo de caudillos provinciales comprometidos con proyectos de modernización local. La Patagonia fue y es objeto de políticas nacionales de promoción regional (liberalización de impuestos para la radicación de industrias, asignaciones salariales por zona para los empleados públicos, etc.). Esto hace que se haya constituido en un real polo de atracción poblacional, lo que, sin embargo, no llega todavía a contrarrestar su atraso anterior ni el mayor atractivo de otras regiones del país.

III

La situación de las mujeres jóvenes argentinas

Las diferencias regionales ya indicadas coexisten, en la Argentina, con una acentuada diferenciación en la inserción social de los dos sexos. Sin embargo, la diferenciación por sexos está por encima de las diferencias regionales, ya que se reproduce incluso en las regiones que pueden considerarse más avanzadas.

La diferencia más relevante entre las jóvenes mujeres y los jóvenes varones argentinos es la permanencia de 762 690 mujeres jóvenes en condición de "domesticidad excluyente" (Braslavsky, 1985 b) y c)). Esto quiere decir que esa cantidad de mujeres sólo se inserta socialmente en la familia, donde tiene a su vez diversos grados de participación en las tareas de atención de sus miembros.

En 1980, más de 3 de cada 10 mujeres de 15 a 24 años no estudiaban ni trabajaban. Entre ellas un grupo muy numeroso no tenía obligaciones familiares que pudieran ocuparlas en el hogar durante toda la jornada, puesto que no estaban casadas ni eran madres de familia. Es difícil postular que todas se hacían cargo de hermanos menores o de sus padres. Más probable es que

simplemente esperaran el matrimonio, como su única perspectiva de realización personal.

Las concepciones conservadoras acerca del lugar social de la mujer, transmitidas a través de la educación formal, en particular, de los estereotipos familiares difundidos por los libros de texto (Wainerman y Berck, 1984; Wainerman, 1983) y mediante los valores que sostienen los grupos más influyentes dentro de la jerarquía de la Iglesia Católica, son algunos de los factores ideológicos que inhiben la participación creativa de las mujeres jóvenes en estrategias adecuadas para enfrentar los desafíos planteados a su generación. El porcentaje de dichas jóvenes es muy alto para un país como la Argentina. A esos factores ideológicos se agregan, sin duda, las dificultades estructurales para ofrecer a las jóvenes alternativas educacionales o laborales de participación, en particular en las provincias más pobres.

Tanto los factores ideológicos como los estructurales se asocian en muchos casos con la perpetuación de estilos de vida propios de la concentración del poder en fuertes oligarquías

locales conservadoras, que se articulan a veces alrededor de partidos políticos provinciales influyentes. En otros casos, dichas oligarquías se organizan en torno a sectores de los grandes partidos del país que en algunos casos mantienen también sólidas conexiones con las jerarquías eclesiásticas locales. En estas circunstancias, se conserva la enseñanza religiosa que se imparte en las escuelas públicas, que desde 1978 dependen de los gobiernos provinciales, a la vez que no se seculariza el contenido de los programas de las materias no religiosas. Esto facilita la penetración de las concepciones y valores que señalan como único lugar apto para la participación femenina el hogar, además de las instituciones religiosas y educativas.

El encadenamiento de factores y la dinámica del juego político que se da en algunas provincias argentinas hacen que el porcentaje de mujeres jóvenes que declaran estar al cuidado del hogar

sea uno de los indicadores más válidos, aunque menos utilizados, de las diferencias interprovinciales. Mientras en la Capital Federal sólo el 6.1% de las chicas de 14 a 19 años y el 14.3% de las de 20 a 24 años declaran estar al cuidado del hogar, los porcentajes ascienden, respectivamente, al 35.2% y al 60.1% en el Chaco. Esta última es una provincia con altos porcentajes de población rural e indígena, saldo migratorio juvenil negativo, desarrollo industrial más que precario y los peores niveles del país en cuanto a educación de la población adulta y a escolarización (cuadro 2).

Sin duda, otros factores también contribuyen a la transmisión y aceptación de valores tradicionales en la socialización de las jóvenes argentinas. Uno de ellos es la retracción de la población a los ámbitos privados, tales como los familiares y religiosos, en períodos en que los ámbitos públicos se tornaron agresivos y peligrosos.

IV

Familia y juventud

Los jóvenes argentinos de hoy nacieron entre 1955 y 1965. Crecieron y se socializaron en hogares sujetos a cambios intensos, entre los que cabe mencionar: a) los desplazamientos de familias enteras o de algunos de sus miembros de las zonas rurales a las zonas urbanas; b) la creciente incorporación de las madres al mundo del trabajo, y c) los efectos de una violencia creciente, en particular la del Estado, y del consecuente repliegue de las familias sobre sí mismas como efecto de la privatización de la vida cotidiana.

Si bien todos esos cambios, por separado, son comunes a uno u otro país de América Latina, su combinación en la Argentina hizo que las consecuencias de algunos fueran contrarrestadas por las de otros, lo que configuró una situación distinta y muy particular. Los desplazamientos del campo a la ciudad y la creciente participación de las madres en la vida pública, ya sea a través del trabajo o de otras modalidades (partidos políticos, sociedades de fomento, fundaciones, etc.), podrían haber contribuido a un alejamiento en-

tre las generaciones, debido fundamentalmente a la disminución del tiempo de las generaciones adultas para la organización de actividades conjuntas, la reducción de espacios sociales compartidos y la participación en ámbitos de socialización muy diferentes para cada generación. En efecto, en la generación de los padres el peso de las pautas de la vida rural fue para muchos más importante que el de las pautas de la vida urbana, mientras que en la de los jóvenes la socialización se produjo principalmente de acuerdo a pautas urbanas, incluso en el caso de los jóvenes rurales. La expansión de la escuela, concebida de acuerdo a las características de la vida urbana, y de los medios de comunicación masivos, donde el campo casi no tiene presencia, contribuyó a una socialización urbana, que en muchos casos tuvo además un carácter anticipado: facilitó al casi medio millón de jóvenes migrantes su inserción en las ciudades, con menores costos emocionales y sociales (Cunha, 1986). Sin embargo, las familias argentinas no vieron disminuida su capaci-

dad de socializar a las generaciones jóvenes, y en los últimos años no se plantearon conflictos generacionales de amplia repercusión social.

La ausencia de graves conflictos generacionales, y la conservación e incluso el refuerzo de la capacidad de socialización de los jóvenes por parte de las familias, se debe fundamentalmente a la privatización de la vida cotidiana que tuvo lugar entre 1976 y 1983. Esa privatización fue a su vez la respuesta social al aumento de la violencia en los ámbitos públicos y, en particular, al aumento de la violencia del Estado.

La violencia fue una constante en la sociedad argentina desde fines de los años sesenta y hasta los primeros años del actual decenio. Durante este período no puede afirmarse que desapareció: más bien, modificó sus formas de manifestarse. En sus primeras etapas la violencia formó parte de una rebelión social, o tuvo el carácter de manifestación juvenil radical revolucionaria, con componentes mesiánicos. Muchos justificaban diversos tipos de agresiones con un profundo cuestionamiento al carácter capitalista dependiente de la sociedad argentina, aunque sin proponer un proyecto alternativo claro y compartido por todos los cuestionadores. Poco a poco esa violencia juvenil, con sus componentes revolucionarios y mesiánicos, fue derrotada por la violencia reinstauradora de grupos paraestatales y del propio Estado, que agregó, además, al cuadro general la iniciación de la guerra de las Malvinas. Sin duda, cada una de las diversas manifestaciones de violencia que convulsionaron a la sociedad de los últimos veinte años tuvo un carácter particular y debe ser analizada con distintos parámetros. Sin embargo, todas tienen al menos dos rasgos comunes de consecuencias directas sobre las familias, los jóvenes, y las relaciones entre los jóvenes y sus familias: el primero es que la juventud fue su gran protagonista, y el segundo es que la violencia contribuyó a generar, en las

familias, un clima de temor a la participación de los jóvenes en la vida pública, y en los jóvenes, una creciente apatía. Las manifestaciones de violencia juvenil que persisten tienen un carácter individual o de pequeños grupos, y se asocian precisamente a esa apatía. La violencia del Estado contribuyó, además, a reforzar la desconfianza de los jóvenes en las instituciones estatales como interlocutores válidos. Estos procesos estuvieron en la base de la privatización de la vida cotidiana y del fortalecimiento relativo de los vínculos familiares en comparación con otros vínculos sociales.

La privatización de la vida cotidiana fue más fuerte que los procesos que podrían haber alejado a los jóvenes de sus padres y haber hecho perder terreno a la familia como agente socializador. La familia tuvo, en consecuencia, un papel protagónico en la socialización de los jóvenes argentinos contemporáneos: contribuyó a preservar la conciencia social democrática y el patrimonio cultural del avance autoritario y oscurantista en los ámbitos públicos, a orientar algunas formas de socialización extrafamiliares, pero muy protegidas, en clubes, organizaciones comunitarias y religiosas, y a compensar, de algún modo, la despreocupación social por la futura inserción laboral de los jóvenes. Si bien estos procesos de conservación democrática tuvieron el costo de conservar también ciertos prejuicios y tabúes, su consecuencia principal fue que los pocos jóvenes que lograron evadirse de la decadencia creciente del sistema educativo, acceder a ocupaciones de privilegio relativo en un marco de creciente desocupación y desjerarquización laboral, y asumir roles políticos dirigentes en el proceso de transición democrática que se inició en 1983, lo hicieron en virtud de sus ventajas familiares comparativas, que les permitieron enfrentar diversas situaciones en mejores condiciones que otros miembros de su generación.

V

Niveles educativos de la juventud

La juventud actual recibió directamente tanto los beneficios como los efectos negativos del proceso de expansión del sistema educacional, que se aceleró a partir de 1950 y cuyos niveles privilegiados fueron el primario hasta 1960, el preescolar y el medio en el decenio siguiente y el superior o universitario a partir de 1970. Se vio afectada también en los últimos años de gobierno militar por limitaciones impuestas en algunos niveles y modalidades claves del sistema, en particular por la destrucción del nivel primario de adultos, la menor expansión del nivel medio, el cierre de colegios industriales y las políticas de limitación de las actividades universitarias (Tedesco y otros, 1984).

La expansión del sistema de educación formal no fue acompañada de una mejora equivalente de su rendimiento. La retención en los niveles primario y medio del sistema de educación formal continuó siendo muy baja, en particular en las provincias pobres y en las áreas rurales. Para la cohorte que corresponde a los jóvenes nacidos en 1955, la deserción escolar fue del 51.2%, y se elevó a más del 70% en la mayor parte de las provincias del noreste y del noroeste, así como en algunas de la Patagonia. Nueve años después, es decir para los jóvenes menores de hoy, la deserción había disminuido, pero era todavía del 47.8% como promedio nacional, alcanzando más del 60% en todas las áreas rurales, a excepción de las de algunas provincias de la región pampeana.

A lo largo del paso de esta cohorte por el sistema educativo, la calidad del mismo se deterioró continuamente. Ya en 1972, en los currículos de la escuela primaria, en particular en el de la Provincia de Buenos Aires, comenzó a restringirse la enseñanza de la lecto-escritura en los primeros grados. Esta situación hizo crisis algunos años después, cuando se prohibió enseñar en primer grado más de 13 letras del alfabeto (Municipalidad de Buenos Aires, 1984). El resultado de esta y de otras decisiones curriculares quedó en evidencia mediante los resultados obtenidos por 74 114 egresados de escuelas primarias en exá-

menes de ingreso a colegios secundarios de todo el país en diciembre de 1981 (estos adolescentes tienen actualmente 17 años). Ellos demostraron en promedio contar con sólo el 60% de los conocimientos necesarios de lengua y el 29% de los de matemáticas. Las pruebas se basaban en los currículos de cuarto y quinto grado, y no en los de séptimo (La Nación, 1982). En el nivel secundario, el deterioro fue aún peor. Los programas vigentes y los libros de texto de mayor circulación fueron elaborados en la década de 1960. La computación, la informática, la historia social, la economía política, la física atómica, por ejemplo, sólo se enseñaban en los "mejores colegios" públicos y privados; algunos de estos contenidos tampoco se enseñaban en las universidades.

Los jóvenes que permanecieron dentro del sistema educativo una misma cantidad de años no estuvieron necesariamente sometidos de igual manera al descenso de su calidad. En virtud de la constitución de circuitos o segmentos educativos con distintas condiciones para el aprendizaje y con un modelo educativo diferente, hubo jóvenes que formalmente accedieron a niveles de educación superiores, sin acrecentar con ello sus posibilidades de acceso al pensamiento abstracto ni a parcelas modernas y avanzadas del saber.

Un hecho claro a los ojos de los investigadores, pero oculto ante ciertas apariencias cotidianas, es que los segmentos que ofrecen mejores condiciones para el aprendizaje y que promueven un modelo educativo donde la adquisición de conocimientos científicos y la ejercitación del pensamiento abstracto ocupan un lugar central, seleccionan a la población de acuerdo a su origen socio-ocupacional y educacional. Sin embargo, por complejos mecanismos que han sido estudiados en detalle en investigaciones recientes, en el sistema educativo se ha construido una apariencia meritocrática, de acuerdo a la cual todos los que pasan por él consideran que su tránsito está condicionado por cualidades personales, en particular por la inteligencia y la dedicación (Braslavsky, 1985a; Filmus, 1986).

Los procesos de deterioro de la calidad de la

enseñanza por vía del retroceso o estancamiento en los contenidos seleccionados respecto del avance del saber elaborado universal se sentaron en la ritualización autoritaria de la vida escolar. La práctica escolar se transformó en hacer "como si" se aprendiera, mientras sólo se cumplían una serie de ritos normativos (Vecino y otros, 1979). La autoridad se usó para imponer al autoritarismo, única manera de mantener "en orden" a grupos numerosos de adolescentes y jóvenes dentro de instituciones a las que asistían en buena medida para obtener una credencial necesaria, sin interesarse en los contenidos que se entregaban (Coleman, 1968).

Muchos de los procesos descritos están modificándose. Se ha revitalizado la expansión de algunos niveles y modalidades claves del sistema educativo; se han revisado los currículos de escuela primaria en varios lugares del país; y se están transformando las prácticas autoritarias en los colegios secundarios y en las universidades. Sin embargo, la juventud argentina tiene un perfil y un nivel educativo que corresponde fundamentalmente a lo que fue la educación en los diez años previos a 1983.

Los resultados del modelo educativo previo a 1983 son de dos tipos: los objetivos y los vinculados a la construcción de la conciencia social.

Entre los resultados objetivos, los cinco más importantes son: el aumento del nivel de instrucción formal de la generación joven respecto de las anteriores (cuadro 3); la homogeneización de los niveles de instrucción formal de los hombres y mujeres jóvenes y, en los años recientes, la tendencia al aumento del de las mujeres; la falta de correspondencia entre la cantidad de años promedio en el sistema educativo y la cantidad y calidad de los conocimientos adquiridos; la desigualdad en los niveles de preparación de los jóve-

nes de las distintas jurisdicciones, áreas geográficas y grupos sociales, aun cuando accedieran a niveles de instrucción formal idénticos, y la persistencia de la instrucción insuficiente en contingentes significativos de jóvenes.

Con referencia a la conformación de la conciencia social, puede decirse que los jóvenes que no pudieron concluir la escuela primaria, los que no accedieron al nivel medio y los que no ingresaron a la universidad están convencidos, en su mayoría, de que fracasaron porque fueron menos capaces. La selección de los jóvenes para su acceso a niveles sucesivos dentro del sistema de educación formal, así como su permanencia en cada uno de esos niveles o su asistencia a establecimientos mejores o peores, pudo funcionar de manera de atribuirse una fuerte función legitimadora: contribuyó a generar en muchos jóvenes actitudes autosuficientes o bien conformistas, según si el tránsito por el sistema educativo les hubiera significado beneficios mayores o menores que a sus coetáneos. Comenzó así en las escuelas primarias, y se continuó a lo largo de todo el sistema educativo, un proceso de construcción diferencial de la autoestima, que dejó aparentemente de un lado a quienes tenían éxito en la escuela y del otro a los que no. En la realidad dejó del lado de los segundos sólo a jóvenes de sectores de bajos recursos, mientras permitía una pequeña incorporación de algunos de ellos al grupo de los primeros.

La concentración en el tema del rendimiento escolar ocultó a la mayoría de los jóvenes la relación entre la situación regional, social y educacional de la población y el uso de las oportunidades escolares. A partir de esta percepción distorsionada de las posibilidades educacionales que la sociedad les ofrece, muchos jóvenes justifican también sus diferentes oportunidades laborales.

Cuadro 3
 ARGENTINA: NIVEL DE INSTRUCCION POR SEXO Y GRUPOS DE EDAD,
 SEGUN CENSOS DE 1960, 1970 Y 1980
 (Porcentajes)

Grupo de edad	Censo	Sexo	Nivel de instrucción					Total
			Sin instrucción	Primario	Secundario	Sup. o Universitario	Sin especialización	
5-9	1960	Varón	30.6	69.4	—	—	—	100
		Mujer	29.7	70.3	—	—	—	100
	1970	Varón	23.4	69.9	—	—	6.7	100
		Mujer	22.5	70.3	—	—	7.2	100
	1980	Varón	12.3	87.7	—	—	—	100
		Mujer	11.8	88.2	—	—	—	100
10-14	1960	Varón	4.9	84.8	10.3	—	0.1	100
		Mujer	4.7	84.6	10.7	—	0.1	100
	1970	Varón	1.9	83.3	8.5	—	6.3	100
		Mujer	1.9	83.1	0.8	—	6.2	100
	1980	Varón	1.2	83.5	15.3	—	—	100
		Mujer	1.1	81.9	17.0	—	—	100
15-19	1960	Varón	5.2	63.4	28.7	2.5	0.2	100
		Mujer	4.9	63.7	29.4	1.9	0.2	100
	1970	Varón	2.4	58.1	33.3	2.0	4.2	100
		Mujer	2.9	54.6	35.8	2.1	4.6	100
	1980	Varón	1.6	46.0	48.6	2.9	—	100
		Mujer	1.5	42.7	50.9	4.9	—	100
20-24	1960	Varón	5.1	67.0	20.3	7.4	0.2	100
		Mujer	5.7	69.1	20.9	4.0	0.3	100
	1970	Varón	3.0	60.0	26.1	9.9	1.0	100
		Mujer	3.2	58.8	28.0	8.9	1.1	100
	1980	Varón	2.2	49.5	35.3	13.0	—	100
		Mujer	2.2	46.5	35.8	15.6	—	100
25-29	1960	Varón	5.6	71.1	16.9	6.0	0.4	100
		Mujer	6.4	74.7	15.5	3.0	0.4	100
	1970	Varón	3.6	63.9	23.0	9.0	0.5	100
		Mujer	4.1	64.7	24.4	6.1	0.7	100
	1980	Varón	2.7	54.4	29.3	13.6	—	100
		Mujer	2.7	51.9	31.3	14.0	—	100
30 y +	1960	Varón	11.3	72.4	11.7	4.0	0.6	100
		Mujer	14.7	75.5	9.6	1.5	0.7	100
	1970	Varón	7.5	71.9	14.8	4.8	0.9	100
		Mujer	10.3	73.8	12.9	1.9	1.1	100
	1980	Varón	5.7	67.6	19.4	7.2	—	100
		Mujer	7.4	69.8	18.3	4.5	—	100

Fuente: a) Dirección Nacional de Estadística y Censos, *Censo nacional de población, 1960*. Tomo I. Total del país, cuadros 10, 13 y 14. b) 1970: INDEC, *Censo nacional de población, familias y viviendas, 1970*. Resultados obtenidos por muestra, cuadro 9. c) INDEC, *Censo nacional de población y vivienda, 1980*. Tomo I. Total del país, cuadros 4, 7 y 8.

Tomado de Braslavsky, C. y C. Bersotti. *Proceso histórico de la superación de las desigualdades educativas de los jóvenes y mujeres en la Argentina*, ponencia presentada a la Reunión Técnica Regional sobre Superación de las Desigualdades Educativas de los Jóvenes y Mujeres en América Latina y el Caribe, Panamá, julio de 1983.

VI

El trabajo entre los jóvenes

En 1869, fecha del Primer Censo Nacional de Población, el 89.8% de los varones de 15 a 19 años y el 95.3% de los de 20 a 24 años participaba de la actividad económica. Las mujeres económicamente activas eran el 64.2% y el 65.9%, respectivamente (Recchini de Lattes y Lattes, 1975). Es decir, la actividad más difundida entre los jóvenes de ambos sexos y ambos grupos de edad era el trabajo remunerado fuera del hogar. Como consecuencia de la expansión del sistema de educación formal y de la transformación de la economía agroexportadora en una economía con un sector industrial en gestación y luego en heterogeneización (que requirió menor cantidad de fuerza de trabajo, pero parte de ella más educada), así como de cambios en las imágenes sociales sobre las actividades deseables para los jóvenes de cada sexo y a cada edad, se produjo una redistribución progresiva de los jóvenes entre la actividad económica (o trabajo), el estudio y la permanencia en el hogar. Sin embargo, esta redistribución no debe sobreestimarse.

La gran mayoría de los jóvenes trabaja. La proporción de hombres y mujeres que lo hacen es diferente, ya que numerosas jóvenes mujeres tienden, aunque en menor medida que en las generaciones anteriores, a permanecer sólo al cuidado del hogar.

Los rasgos más característicos del trabajo juvenil son los siguientes: al igual que los adultos, los jóvenes están mayoritariamente en relación de dependencia respecto de un empleador particular o del Estado; también han sido afectados por los procesos de terciarización de la economía y ampliación del trabajo por cuenta propia; están sobrerrepresentados en los trabajos con menores posibilidades de realización personal, agrupación sindical y remuneraciones, y, dentro de la ocupación industrial, no se concentran en ningún sector particular, sino que reproducen en su distribución la distribución de las generaciones que los precedieron.

En 1980, el 74% de los jóvenes de 15 a 24 años trabajaba en relación de dependencia; la cifra era de 66% para el total de la población

económicamente activa. La diferencia corresponde a la incidencia del empleo doméstico, que constituía el 12% del empleo juvenil de 15 a 24 años, y más del 30% del empleo de las mujeres jóvenes de esa edad. La proporción de los jóvenes menores en relación de dependencia era de 71.5% y la de los jóvenes mayores de 76.3%. Los datos de las encuestas permanentes de hogares de 31 conglomerados urbanos muestran que en 1984 el 67.4% de los jóvenes que trabajaban percibía un salario.

En 1984, el 11% de los jóvenes de las 31 ciudades consideradas en las encuestas trabajaba por cuenta propia o en alguna relación de dependencia, probablemente familiar, sin percibir salario. Numerosos jóvenes no contestaron a los encuestadores con precisión, de lo cual puede también deducirse que su situación era incierta. La mayoría de los jóvenes que trabajaban por cuenta propia o sin salario y que no sabían definir su situación laboral con precisión, así como muchos de quienes sí percibían un salario, estaban además integrados a grupos de ocupación que pueden considerarse críticos, tal como ya ocurría en 1980.

Cuanto más temprano se produce la incorporación al mercado de trabajo, mayores posibilidades hay de que los jóvenes ingresen a grupos ocupacionales sin destino. Debido especialmente al bajo nivel educativo con que comienzan a trabajar, no pueden ocuparse sino como personal de servicio doméstico, peones, aprendices, personal de maestranza, cadetes y otras actividades no calificadas. Los jóvenes ocupados en esas actividades en 1980 eran casi el 24% del total de los jóvenes trabajadores, en tanto que las mismas sólo concentraban al 8% del total de la población económicamente activa. El 50% de los jóvenes en esas ocupaciones no tenían instrucción formal o no habían completado la enseñanza primaria.

Pese al avance de las tendencias a la terciarización de la economía y al gran número de jóvenes en ocupaciones no calificadas, el grupo de ocupación juvenil más numeroso es el de los trabajadores especializados en la rama industrial,

con más de medio millón de jóvenes de ambos sexos. La distribución de los jóvenes entre los distintos sectores industriales es casi idéntica a la de los adultos. En la industria metalúrgica, por ejemplo, estaban concentrados en 1980 el 22.5% de los jóvenes trabajadores especializados y el 21.5% del total de los trabajadores. En la industria textil, los porcentajes respectivos eran 4.2 y 3.2. La comparación de la distribución de los trabajadores especializados de distintos grupos de edad entre los distintos sectores industriales refleja que no hay relación entre diferencias en el empleo industrial y diferencias generacionales. Esto indica al menos tres procesos: a) las industrias contratan a sus trabajadores según criterios ajenos a la edad; b) las generaciones de trabajadores se renuevan dentro de cada sector, y c) la tendencia a una mayor movilización social de los gremios de algunos sectores, por ejemplo el metalúrgico, no está necesariamente asociada a una mayor presencia juvenil. Por otra parte, se pone claramente en evidencia la cristalización de la estructura social, que ya se mencionó, y se pueden inferir procesos de socialización asociados a esa cristalización, en particular la existencia de mecanismos de socialización laboral diferenciados; los padres de cada sector de la industria parecen allanar a sus hijos el ingreso al sector industrial mediante la transmisión de técnicas de trabajo y de información acerca de los mecanismos de funcionamiento, contratación, ascenso,

etc., del sector del mercado de trabajo al cual pertenecen.

Además de las tendencias generales señaladas, existe entre los jóvenes una presencia cada vez mayor de la categoría estudiante-trabajador o trabajador-estudiante; aumenta la desocupación y hay deterioro salarial. Ya en 1981, el 65% de los estudiantes de la Universidad Nacional de Buenos Aires trabajaban. En 1982 trabajaba el 68% de los estudiantes de la Universidad Tecnológica Nacional. La situación parece repetirse en los demás establecimientos de nivel terciario y superior. En 1984, la desocupación juvenil en 31 conglomerados urbanos alcanzó la cifra récord de casi el 11% de la población económicamente activa de esa edad. Entre marzo de 1980 y marzo de 1984 aumentó considerablemente la proporción de jóvenes que participa de la franja de salarios más bajos. En la Capital Federal en marzo de 1980, un 2.5% de los trabajadores jóvenes ganaba hasta un 60% del salario mínimo y un 8% más de 4 salarios mínimos, mientras que en 1984 un 14.5% ganaba hasta un 67% del salario mínimo y sólo un 1.7% percibía más de 4 salarios mínimos. Esta tendencia se reproducía en muchas otras ciudades (INDEC, 1985).

La situación laboral de los jóvenes es sólo un espejo de la situación laboral del conjunto de la población; no es peor ni mejor, y es una de las dimensiones de la pobreza en que ha caído la Argentina.

VII

La juventud entre el pasado y el futuro

Se decía en la introducción que la juventud argentina se encuentra ahora en un país pobre. Su pobreza es tanto material como política (Demo, 1985). No sólo no existen los recursos para satisfacer las necesidades materiales, sino que las prácticas y las concepciones políticas han quedado también cristalizadas en parte. Recién a partir de 1982, luego de la crisis de la guerra de las Malvinas, algunos partidos políticos, organizaciones intermedias y grupos sociales comenzaron a repensar el país. En este sentido, el Partido

Radical apareció ante la juventud como el portador de una respuesta atractiva, que se orientaba hacia una dinámica social no violenta para dirimir los conflictos sociales, apoyaba el reforzamiento de lazos de solidaridad y la modernización de la economía, así como la modificación de ciertas políticas que afectaban particularmente a los jóvenes. En este último sentido incluyó en su plataforma preelectoral de 1982 la supresión del servicio militar obligatorio y de los exámenes de ingreso a las Universidades.

Luego de que el Partido Radical asumió el Poder Ejecutivo Nacional, se tomaron medidas coherentes con algunas de sus propuestas. En el caso de las específicamente dirigidas a la juventud, se redujo de diversas maneras (aunque no se suprimió) el servicio militar obligatorio, y se dispuso el ingreso libre a las universidades y a las carreras que cada joven quisiera cursar. Paralelamente, se generó desde el Estado una propuesta de "modernización", cuyo contenido aún no está plenamente definido. En principio parece consistir en crear condiciones para la inversión productiva, promover las exportaciones y apoyar las reformas que contribuyan al aumento de la productividad en ciertas ramas de la industria, así como a la racionalización del sector terciario y muy particularmente del empleo público. Sintetizando muy esquemáticamente la propuesta del gobierno, puede decirse que procurará superar la pobreza material a través de la modernización productiva, y la pobreza política a través de la participación no violenta en instituciones que durante muchos años fueron perseguidas, en particular las juventudes de los partidos políticos y los centros de estudiantes. Favorecerá también, indirectamente, la inserción de los jóvenes en el movimiento obrero organizado a través de los sindicatos.

Existen riesgos de que la modalidad que adquiera la modernización no contribuya en medida suficiente a generar condiciones para un desarrollo nacional menos condicionado por la dependencia de las grandes entidades y corporaciones económicas. A este respecto, parece particularmente necesario que se genere una sólida estructura científico-tecnológica apta para mediar entre la tecnología avanzada de los países altamente industrializados y la Argentina, así como para profundizar caminos independientes de desarrollo científico-técnico. Del mismo modo parece necesario incrementar todas las medidas tendientes a retener capital en el país.

No cabe duda de que la propuesta de participación ha sido aceptada por un conjunto importante de jóvenes. En los últimos años previos a 1983, la forma de participación juvenil más difundida era la música. A través de la asistencia a festivales de "rock nacional", realizados en espacios cerrados, se escuchaban canciones prohibidas en los medios de comunicación masivos; crecientemente, los temas de protesta fueron acom-

pañados, a veces reemplazados, por temas de amor a la vida, solidaridad, esperanza y paz (Vila, 1985). Desde 1982 muchos jóvenes se volcaron a los partidos políticos. Su presencia es hoy importante en los dos grandes partidos tradicionales (el Partido Radical y el Partido Justicialista), en otros partidos menores y también en dos nuevos, que parecen insinuarse como opciones particularmente atractivas para grupos crecientes de jóvenes por su más clara y homogénea definición ideológica: la Unión de Centro Democrática, con fuerte influencia de la "nueva derecha", y el partido Intransigente, que aparece como una opción de izquierda antimperialista, aunque más vinculada a estilos y concepciones previamente existentes.

En el marco de la profunda segmentación de la juventud argentina, las tendencias que se anuncian podrían llevar a una modernización sectorial, que sólo alcanzará a beneficiar a los grupos juveniles de determinados sectores industriales y de servicios. Por otra parte, el proceso de ingreso directo a las universidades presenta algunos problemas: se realizó sin una paralela generación de fuentes de ocupación con salarios suficientes y con posibilidades de capacitación en el trabajo, que hubieran podido ofrecer una alternativa a los jóvenes y en situación de deterioro de las condiciones de trabajo (y en particular de los salarios) de los investigadores y docentes universitarios: un profesor de este nivel a cargo de una cátedra percibe entre 60 y 250 dólares mensuales. Estas circunstancias nos permiten ser optimistas respecto de los procesos de reconstitución de la capacidad científico-tecnológica. La persistencia de un fuerte flujo de capitales hacia el exterior tampoco hace prever una importante acumulación de capital en el país.

Para enfrentar las tareas futuras y participar de la dinámica social, contribuyendo a evitar un tipo de modernización con los riesgos señalados, la juventud puede convertirse en un actor importante. Para eso necesita transformarse a sí misma superando algunas de las herencias del pasado (Rama y Faletto, 1985). En principio esas herencias son: la debilidad de su identidad compartida; la falta de confianza en los ámbitos públicos, ya sean sociales o políticos, que se refleja en una participación poco numerosa en los centros estudiantiles, partidos políticos, sociedades de fomento, comisiones sindicales, etc.; los pocos y

atrasados conocimientos adquiridos; el predominio en algunos grupos de prácticas competitivas para el ascenso individual o de prácticas de oposición para la lucha política, en lugar de prácticas solidarias y cooperativas, respectivamente; la penetración de concepciones prejuiciosas y conservadoras en algunos grupos, en particular entre las mujeres jóvenes, y la falta de formación para buscar por sí mismos la solución de algunos de sus problemas, junto con una cierta tendencia a exigir demasiado de quienes tienen roles complementarios con los suyos (los docentes, por ejemplo). Para transformarse a sí misma, la juventud cuenta con antecedentes significativos, por ejemplo la actividad del Movimiento de Juventudes Políticas, que procuró desde su fundación superar las prácticas políticas de oposición recíproca y generar formas constructivas y consensuales de dirimir conflictos; los movimientos de participación voluntaria en acciones de alfabetización de adultos, de atención a dispensarios, etc., en distintos momentos del país; las acciones solidarias emprendidas en el marco de la "Prioridad Juventud" de la Iglesia; los valores difundidos por algunas de las corrientes del movimiento de rock nacional; la organización de actividades académicas paralelas allí donde se consideró que las existentes carecerían de nivel suficiente, la clara definición por la calidad académica en los

concursos universitarios para la provisión de cargos docentes en los que estatutariamente les correspondió participar, etc.

Por último, cabría agregar que este proceso no puede reemplazar a la existencia de políticas públicas especiales para la juventud, destinadas a resolver precisamente aquellos problemas que la juventud, muy particularmente la de bajos recursos materiales y educativos, no puede resolver por sí misma. En este sentido, parece prioritario que los organismos públicos, antes de formular cualquier otro tipo de política orientada a la juventud, atiendan el problema de la creciente desocupación de los jóvenes (que no está por cierto disociado de la creciente desocupación de los adultos) con participación del empresariado privado, que alberga en sus empresas al más alto porcentaje de jóvenes trabajadores.

En la Argentina, el problema del desempleo, y en particular del desempleo juvenil, es nuevo. Puede ser coyuntural o transformarse en crónico. En este último caso, la Argentina habría dividido su juventud aún más profundamente. La línea divisoria pasaría entre la generación de la modernización, por un lado, y la generación de la desocupación, por el otro. Las consecuencias de una situación de este tipo para la estabilidad democrática serían imprevisibles.

Referencias bibliográficas

- Braslavsky, C. (1985a): *La discriminación educativa en Argentina*. Buenos Aires: GEL/FLACSO.
- (1985b): *Juventud y sociedad en la Argentina*. CEPAL (LC/R. 401). Santiago de Chile.
- (1985c): *Las mujeres jóvenes argentinas entre la participación y la reclusión. Mujeres jóvenes en América latina: aportes para una discusión*. Montevideo: CEPAL, ARCA/Foro Juvenil.
- Cavarozzi, M. (1983): *Autoritarismo y democracia, 1955-1983*. Buenos Aires: CEAL.
- Coleman, J.S. (1968): Harvard Educational Review (comp.), *Academic achievement and the structure of competition*. Nueva York.
- Cunha, L.A. (1986): *La escuela democrática: lo nacional, lo regional y lo unitario*. Washington: OEA, mimeo.
- Demó, P. (1985): *Juventud popular urbana e pobreza política*. CEPAL (LC/R. 431). Santiago de Chile.
- Filmus, D. (1986): *Apuntes para la evaluación del proceso de democratización del sistema educativo argentino*. Informe de investigación. Buenos Aires: FLACSO/PBA. mimeo.
- Germani, G. (1965): *Estructura social de la Argentina*. Buenos Aires: Raigal.
- INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos) (1985): *La juventud en la Argentina*. Buenos Aires: Ministerio de Salud y Acción Social y Presidencia de la Nación.
- La Nación* (1982): Buenos Aires, 18 de agosto.
- Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, Secretaría de Educación (1984): *Evaluación del diseño curricular 1981*. Buenos Aires.
- Rama, G.W. y E. Faletto (1985): *Sociedades dependientes y crisis en América Latina: los desafíos de la transformación político-social*. *Revista de la CEPAL* N° 25. Santiago de Chile.
- Recchini de Lattes, Z. y A. Lattes (1975): *La población argentina*. Buenos Aires: INDEC.
- Tedesco, J.C., C. Braslavsky y R. Carcioffi (1984): *El proyecto educativo autoritario, Argentina, 1976-1982*. Buenos Aires: GEL/FLACSO.
- Vecino, S., J.C. Tedesco y G.W. Rama (1979): *Proceso pedagógico*.

- gico y heterogeneidad cultural en el Ecuador.* Buenos Aires: Proyecto UNESCO/CEPAL/PNUD sobre desarrollo y educación en América Latina (DEALC), documento N° 22.
- Vila, P. (1985): *Rock Nacional. Crónica de la resistencia juvenil.* Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES). *mimeo.*
- Wainerman, C. (1983): El mundo de las ideas y los valores: mujer y trabajo. *El deber ser y el hacer de las mujeres: dos estudios de caso en Argentina.* México, D.F.: El Colegio de México/PISPAL.
- Wainerman, C. y R. Berck de Rajjman (1984): La división sexual del trabajo en los libros de lectura de la escuela primaria argentina: un caso de inmutabilidad secular. *Cuaderno del CENEP*, N° 32. Buenos Aires.